



Tango. Marilyn Robertson

PENSAR LA SEDUCCIÓN DESDE LA ESTÉTICA

Claudia Fernanda Barrera Castañeda

Antecedentes

La etimología de “seducción” proviene del latín *se-ducere*, que quiere decir separar del “buen camino”, “desviar del bien” o “empujar al error”, y para el siglo XVII ya tiene una connotación religiosa de la moral cristiana, en la cual la seducción (*seductio*) como sustantivo se entiende como corrupción o maniobra falsa. Pero si bien estamos frente al significado que actualmente guarda la seducción, desde la Vulgata, es decir, desde la traducción de la Biblia hecha por San Jerónimo directamente del hebreo al latín □ entre finales del siglo IV y principios del siglo V □, *seducere* es traducido del griego *apatáo*, que significa engañar, defraudar, traicionar. Se-ducc-i-ón significa entonces desde la etimología latina llevar aparte a alguien o llevárselo consigo, cosa que en términos de la tradición judeo-cristiana tiene connotaciones morales contrarias al ascetismo y al manejo “de virtudes” ordenadas por la religión. De otra parte, para el derecho penal la seducción se constituye en delito desde el rapto y como fuente de engaño. Como vemos, todos estos orígenes son nefastos para tratarla desde una perspectiva filosófica y estética. Sin embargo, la seducción está ligada a la atracción y se encuentra en constante movimiento, genera por sus poderes una fuerza y energía que acapara nuestra emotividad y sensibilidad. Por esto, ella pertenece al campo de la estética. Asociada a la literatura de los don-juanés y del poder manipulador en la política, así como a la historia de los pueblos como forma psicológica para someter, la seducción ha sido despojada de su comprensión positiva y desligada de su fuerza creativa y de sus poderes afectivos.

En el psicoanálisis, la seducción está relacionada con una enfermedad o un trauma, o con la idea de una sexualidad truncada revelada en el síntoma. La política mercantil la utiliza siempre como un valor de intercambio comercial para acrecentar su poder. La estrategia publicitaria saca provecho de nuestros instintos y pulsiones desde la seducción de las

imágenes y la manipulación de los sentidos. Jean Baudrillard —en su libro *De la seducción y Las estrategias fatales*— ha estudiado los aspectos sociológicos, en los cuales se encubre el símbolo y el emblema de lo comunicado para dejar ver el aspecto estratégico y escabroso que opera en el simulacro de la vacuidad de las sociedades de consumo. Sociedades en donde la manipulación por dominación y la falsa apariencia no permiten que la seducción revele sus potencias atractivas. Sin embargo, la seducción propicia toda estética reintegrando una fuerza creativa como suplemento y desbordamiento de lo que genera lazos desde la relación y lo atractivo. La estética y la apariencia en la seducción de las formas sensibles de la realidad, así como la imaginación y una fuerza que nos une a la alteridad en el cosmos, demuestran que la seducción no tiene tan sólo connotaciones manipuladoras, sino que al contrario, como en la química, en la física y en las pasiones, sus fuerzas atractivas y repulsivas predominan de forma originaria. Por esto, invertir su negatividad manifiesta más allá de sus connotaciones psicológicas y sociológicas peyorativas permite reflexionar una estética reveladora de una nueva dimensión fuertemente crítica, con respecto a una racionalidad únicamente demostrativa y conceptual. La seducción pensada como fuerza o como poder abre paso a otras perspectivas en la filosofía, reintroduciendo la atracción, lo sensible y el afecto para pensar una nueva subjetividad.

La seducción en la filosofía

La seducción como concepto presenta dos problemas: el primero, sobre el fundamento en donde se concibe la validez de lo filosófico desde la verdad demostrativa; y el segundo, sobre la apariencia y forma expresiva de lo que “se muestra” en la realidad como verdad. Observando los aspectos de la seducción en donde las imágenes y las intuiciones, instintos e impulsos, se expresan, la materia y el espíritu son atraídos y encontramos su origen en el fundamento de lo relacional y de lo vital.

La filosofía se propone demostrar y su método casi siempre es racional y no de orden emocional. Por eso, la seducción que pertenece al mundo de lo sensible interfiere con la idea de que pueda ser pensada filosóficamente. Ella crea un lenguaje de significación y expresión en valores asimilados a *la producción de la imaginación* e inserción en el mundo de la vida con diversas maneras de sentir y de pensar, ya que la sensación genera la emoción, la encargada de fijar en nuestro sistema afectivo valores para construir nuestras relaciones. Ninguna estética es ajena de una ética, porque el mundo es experiencia estético-cultural antes de ser experiencia moral, ética o política. Y más aún, ninguna conciencia puede producir acciones creativas y productivas sin una imaginación que cree y genere espacios para dinamizar las fuerzas atractivas y repulsivas. El mundo es estético-cultural desde la concepción misma de la estética de una tradición que incluye no sólo el estudio de su relación con el arte, sino con las formas sensibles que hacen posible la construcción de nuestra subjetividad. Dichas formas sensibles provenientes de nuestro medio social educativo y cultural van forjando el imaginario de nuestra estructura psíquica. De ahí que valoremos el mundo dentro de una concepción estética que revierte los valores tomados de nuestro idioma materno, la concepción religiosa o el entorno del cual procedemos. Esta estética no proviene de una filosofía del arte sino de la formación de la subjetividad. Es ella la encargada de reagrupar los valores de nuestro contexto sociocultural.

El arte dentro de sus variaciones forja una ontología por el *valor estético* que se le atribuye a la obra, ya que todo objeto introducido en la esfera de la estética puede ser una obra. Fue con Marcel Duchamp que la pregunta por la revaluación de lo artístico se presenta desde el concepto y la idea. El valor estético se acerca a la idea más que al contenido de la belleza. No se trata de pensar una estética para el arte desde la “belleza” misma, como lo propone la prolongación de la tradición aristotélica, sino de pensar el arte como una fuerza productora y dinamizadora para la vida y su belleza gracias a la seducción ejercida por la energía creativa y plástica que la obra contiene. No olvidemos que para los griegos la armonía, la proporción y la belleza estaban dentro de su entorno arquitectural, social y sensible. Existían disposiciones para que el arte naciera en este pueblo de estetas. Aristóteles, como pensador de su cultura, fundamenta la “belleza” en el arte como registro, retomado por los romanos y posteriormente por otros pueblos indoeuropeos hasta la actualidad.

Fernando Pessoa, en “El retorno de los Dioses” de sus *Notas para una estética no aristotélica*, resalta el objetivo del arte desde *la fuerza* o la energía y no desde *la belleza* en donde se enmarca toda la tradición de la estética aristotélica. El arte precolombino contiene esa fuerza y esa energía que no puede equipararse con el arte de los griegos, pero que refleja el valor de la “belleza” en una expresividad atractiva y repulsiva. Así, por ejemplo, la diosa “Coatlicue” —“la



señora de la falda de serpientes”, la madre-tierra— es creada según Carlos Fuentes de la imagen de lo desconocido. La seducción ejercida era tan enorme que inspiraba terror y admiración. “El panteón azteca reactivaba, con un sentido terrible de la actualidad, el caos, la fuerza bruta. El terror asaltaba todo ser humano que era puesto frente a frente con el tiempo de los orígenes”.¹ Más que llamarle arte desde nuestra perspectiva vemos una estética diferente de lo que produjo la tradición occidental. Contraste con el cual apreciamos la profundidad de las diferentes concepciones culturales.

La materialidad del imaginario de los elementos agua, tierra, fuego y aire ha sido trabajada por el filósofo Gaston Bachelard a través de las poéticas, gracias a las cuales se espiritualizan las imágenes literarias de la naturaleza, el espacio, la ensoñación y las mitologías para que los poderes de la seducción nos atraigan y ligen de manera espontánea.

¹ Carlos Fuentes, *Reflexions sur l'Espagne et le Nouveau Monde*, Gallimard, Paris, p. 105.



Antes de la asimilación cultural de la fuerza estética que contiene la seducción encontramos sus fuerzas atractivas y repulsivas en la naturaleza. Las poéticas ponen en evidencia las fuerzas de la naturaleza de las cuales somos dependientes. La mitología inspirada en ellas ya no despierta en la vida moderna ninguna tradición de lo sagrado y lo espiritual. Raymond Ruyer, hablando de la expresividad que debe contener la filosofía perdida en los meandros de la significación y de la demostración, nos permite cuestionarnos nuestras concepciones acerca de la naturaleza, puesto que nos debemos a ella, así no nos demos cuenta en las grandes metrópolis donde vivimos: “Aquel que no cree que una divinidad del bosque o de la fuente puede vengarse si ensuciamos su nacimiento o si derribamos el bosque, terminará por destruir todas las fuentes y todos los bosques porque no verá sino agua y bosque.”² Este cuestionamiento es de gran importancia, porque si bien la filosofía pretende racionalmente buscar el

² Raymond Ruyer. *L'expressivité. Revue de métaphysique et de morale*, Paris, Armand Colin, 1995, p. 74.

significado de la realidad revelando la verdad, ha impedido que subsistan las creencias y los lenguajes míticos que preservan la relación de admiración y amor que tiene el hombre con la naturaleza.

Mostrar la seducción desde las fuerzas atractivas y repulsivas permite desplazar los criterios de legitimación de *la ratio filosófica* subrayando cómo se rediseña el lugar de su constitución ontológica a través de *la imaginación*. El imaginario es solidario de los sistemas simbólicos y de los modos de constitución de la realidad, permitiendo que la materia poética y la materia científica justifiquen la seducción existente en el cosmos, en la vida orgánica e inorgánica. Junto con la imaginación como creadora de una nueva subjetividad de orden existencial y de la constitución del consciente y del inconsciente, el hombre funda su estructura afectiva por el imaginario, y así produce la realidad. Divergiendo del racionalismo dogmático y siguiendo una tradición filosófica en donde la vida es creadora de dinamismo, la seducción se presenta como intuición y en la imaginación *como capacidad creadora*. La intervención del *pensamiento intuitivo* pone en comunicación la significación, la expresividad y la afectividad en un lenguaje abierto a la creación de visiones nuevas.

Para Kandinsky la intuición ocupa el primer lugar, y en la revista *Bauhaus* 2/3 de 1928 concibe la relación entre razón e intuición en los términos siguientes:

Las grandes épocas artísticas han tenido siempre su “teoría” que era tan evidente en su necesidad como lo era y lo es en el caso del campo científico. Estas “teorías” no han podido nunca reemplazar el elemento de la intuición porque el saber en sí y para sí es estéril. Tiene que conformarse con suministrar los medios y el método. En cuanto a la intuición, es fértil, ya que necesita los medios y el método para alcanzar su fin. Pero el fin no puede ser conseguido sin los medios y, en este caso, la intuición sería también estéril³.

Por ello el imperativo de unir la lógica y la esfera de la intuición para que lo sensible pueda tener un lugar en el conocimiento. Es así como la razón puede organizar verdaderamente un método de coherencia lógica y de creatividad expresiva.

Pensar los poderes de la seducción

En el síntoma de su distorsión de lo social, la seducción encubre el símbolo y el emblema de lo comunicado para dejar ver el aspecto estratégico y escabroso que opera en el simulacro de la vacuidad en las sociedades de consumo. La seducción de los seductores donjuanescos y aquella de la manipulación política, no deja ver las dimensiones de sus

³ Hajà Düchting, *Kandinsky*, Taschen, Paris, 2007, p. 75



Hasta nuestros días todo el aparato político está construido en “hacer aparecer” y “aparentar”, utilizando la seducción como estrategia de manipulación

fuerzas atractivas. La seducción pertenece al mundo de lo sensible y existe como fundamento relacional de las creaciones simbólicas e imaginarias. Tanto en la sensibilidad como en el pensamiento y en la materialidad de la naturaleza las fuerzas contrarias de la atracción y de la repulsión se manifiestan. Es por esto que la seducción no puede ser relegada a consideraciones alejadas de la filosofía. Al considerarla dentro del contexto filosófico, fuera de su etimología habitual y sus usos peyorativos, se pone en evidencia su organización desde el pensamiento intuitivo, en donde la imaginación y el mito recuperan su ámbito atractivo y misterioso.

Las fuerzas expresivas y simbólicas del cosmos se presentan en la realidad *como apariencia*. Lo real puede ser apariencia y es allí donde la manifestación del arte se presenta para revitalizar la comprensión filosófica de lo que es la estética de la seducción. Baltasar Gracián, en su libro *El Discreto*, presenta el *ser-atraído* revelando “su verdad” en la apariencia, gracias a la belleza y a la forma de enunciación en el discurso. La atracción producida por el exterior es presentada gracias a las virtudes del hombre de la corte del siglo XVII en diversas historias. En el Realce XIII —“Hombre de ostentación. Apólogo”—, Gracián nos narra la fábula del pavo real en donde existe una ontología del “ser del aparecer”, puesto que *la verdad* se revela en el aparecer de la belleza. Las aves se reúnen para denunciar al pavo real —“el pavón de Juno”— como indigno de la especie, instigados por algunos pájaros no muy bellos y, además, envidiosos, como la corneja, el cuervo y la picaza. Lo acusan de ostentación cuando abre su extraordinaria rueda de plumas, destello de luz y originalidad. La Envidia había invadido a estas aves hasta el punto de querer impedirle al pavón de Juno abrir su penacho; no arremetieron contra su hermosura sino contra su ufanía, al impedirle mostrar sus gracias. El pavo real, sabiendo que las afrentas vienen más de los cercanos que de los lejanos, los interpela diciéndoles: “¿De qué sirviera la realidad sin la apariencia? La mayor sabiduría hoy encargan políticos que consiste en hacer parecer.”⁴ Hasta nuestros días todo el aparato político está precisamente construido en “hacer aparecer” y “aparentar”, utilizando la seducción como estrategia de manipulación. Luego, desplegando su verdad,

el pavo real dice: “¿de qué sirvieran tanta luz, tanto valor y belleza si la ostentación no los realzara?”⁵ Una ontología proveniente de la realidad y de lo que se muestra existe cuando la belleza seduce por su autenticidad y esplendor. Interpeladas las aves por el pavón de Juno, éste intenta hacer entrar en razón a sus congéneres y decide mostrarles de nuevo la rodela abriendo a la luz sus colores, osadía que le costó la arremetida de todas las aves en su contra y aun dicen que del susto le quedó aquella voz que le denomina y significa *PAVOroso*. En escena funesta interpone el león su autoridad para limitar la contienda, llamando de una parte a la modestia y de otra al silencio. Buscó el león un tercero para limar asperezas y resolver la controversia, proponiendo a la Vulpeja (la zorra), quien, juez ecuánime y desapasionado, explicó los argumentos de lo imposible que es negarle a la naturaleza su hermosura, sin concederle el alarde. Pero para calmar los ánimos de la Envidia, le ordena al pavo real que al mismo tiempo de abrir su rueda, baje su mirada hacia la fealdad de sus patas para moderar su ostentación.

Este libro, destinado al político del siglo XVII, permite nutrir las reflexiones del hombre virtuoso de la corte (el discreto). Esta estética cargada de seducción permite pensar que cuando ella es auténtica y aparece como verdad no se asimila para nada al engaño, a la artimaña o al ardid. Es por el contrario la expresión de la verdad, revelada en la realidad con su poesía y su libertad. Aquí la seducción contiene criterios de una estética que, más allá de explicar la significación de los conceptos, presenta la expresividad del mundo y de la realidad. El aparecer de la realidad con sus matices contiene la atracción de lo que seduce por una estética ligada al sentido de la virtud y de la belleza. Valores espirituales para la materialidad poética del universo.

La fuerza de lo estético y del arte no pudo ser vencida en Latinoamérica por el dominio de la conquista y las humillaciones recibidas por los pueblos originarios. Todo lo contrario, el patrimonio artístico es de una gran riqueza, puesto que la obra de arte pertenece al enigma de lo universal y a la rebeldía de la creatividad. Pero si con el arte hemos salido victoriosos, las orientaciones filosóficas no han sido expuestas como pilares de autonomía y autodeterminación de nuestros pueblos. Una cultura que produce pensamiento es una cultura que no se doblega a imposiciones fundamentando sus valores y creencias. Uno de los flagelos de nuestra educación es el desconocimiento de nuestros pueblos de

⁴ Baltasar Gracián, *El Discreto*. Tomado del libro de la versión original de 1646. Realce XIII http://es.wikisource.org/wiki/El_Discreto

⁵ *Ibidem*.

Una cultura que produce pensamiento es una cultura que no se doblega a imposiciones fundamentando sus valores y creencias

origen y de lo que aún queda de ellos. Cuando se habla de seducción a través de los afectos, se habla de apertura y de reconocimiento del otro: eso es precisamente de lo que carecieron los europeos en sus colonizaciones. La voluntad de dominación se puso en marcha reduciendo cualquier potencia afectiva a la sumisión por falta de reconocimiento de la diferencia. Para que la seducción se presente debe haber un correlato, una relación de dos o más componentes. El fundamento intuitivo de la seducción no opera de la misma manera que el pensamiento demostrativo ni permite que se la confine a ciertas concepciones utilitaristas.

Hablando de la América Precolombina y más exactamente del arte mesoamericano, Octavio Paz, en *Los privilegios de la vista*, señala aquel arte aterrador de los pueblos en donde éste y la religión amalgamaban un sin número de fuerzas atractivas y repulsivas, las figuras-piedra, que tienden más hacia una transmisión de fuerza-emoción y poderes de lo sagrado que hacia un arte escultórico. Sin embargo, actualmente, en nuestra mentalidad y sensibilidad sólo podemos establecer un lazo directo con la escultura. La parte de aquella significación de lo sagrado queda reducida a testimonios inconexos de una historia amputada y recuperada hacia la evangelización y el desenfrenado discurso de “una historia oficial” marcada por un quehacer minucioso de borrar la memoria de las grandes culturas americanas. En nuestra mentalidad, ahora occidental y paradójicamente sin confrontación con nuestras culturas ancestrales y africanas, la religiosidad queda casi siempre confinada a la comprensión de las creencias católicas, que se cuidan bien de excluir cualquier otra posibilidad de espiritualidad, so pretexto de castigo en las formas psicológicas de la culpa y del pecado que constriñen cualquier expresión de libertad y encuentro con nuestras creencias ancestrales. A modo de ejemplo, es difícil poder acceder a una comprensión de lo que significaron los sacrificios y los cultos religiosos en civilizaciones en donde se adelantaron todos los desarrollos astronómicos, físicos y matemáticos para la comprensión del cosmos y de la vida, mucho antes de que Occidente tuviese pleno conocimiento de ellos.

Para Octavio Paz, la destrucción del imperio azteca se debió a la imposibilidad de ver la diferencia por parte de los habitantes de Tenochtitlán, más que al poderío del armamento español. Sin embargo, es importante reflexionar que la destrucción de las culturas y de sus pensamientos en Nuestra América tuvo su origen en el enfrentamiento capital entre dos formas de concepción del mundo totalmente divergentes. Aquella en donde la realidad era parte de los dioses y en donde los cultos y los ritos tenían un alto valor, al punto de que los sacrificios eran parte vital y necesaria para engendrar y continuar la subsistencia humana. Y la de la España medieval, con una historia de intolerancia y engaño para enfrentar a los enemigos de los reyes católicos y desarrollar sus conquistas imperiales, sin ninguna tradición mitológica y arraigada a la naturaleza, pese a ser heredera de la cultura

grecolatina, como todos los pueblos bárbaros de Europa occidental. Dos psicologías imperiales, los unos dotados para la guerra de conquista por el valor de cambio del oro y el poder político; y los otros con sus guerras de conquista por el valor de cambio asimilado en territorio y riquezas provenientes de la adoración hacia los dioses y el poder del Sol, habitante de la tierra. Paz olvida la dimensión enigmática de esas civilizaciones autóctonas que jamás conoceremos, pero que sabemos eran hijas del Sol y de las ofrendas a sus dioses. Antonin Artaud, reflexionando sobre el sentido de la barbarie en el *Heliogábalo o el anarquista coronado*, plantea que Occidente opera de acuerdo con su origen en la madre Grecia para apoyar una tradición de dominio imperial con su hija Roma: “Desde el punto de vista geográfico había siempre esta franja de barbarie en torno de lo que hemos querido llamar el Imperio Romano, y en el Imperio Romano tenemos que posicionar Grecia quien históricamente inventó la idea de barbarie. Y desde este punto de vista, somos nosotros gente de Occidente, los dignos hijos de esta madre estúpida, ya que, los civilizados somos nosotros mismos y que todo el resto que nos da la medida de nuestra universal ignorancia se identifica con la barbarie.”⁶ Heredera de la barbarie, pero también perteneciente a ella desde las luchas españolas por el dominio geográfico, político y económico, para Nuestra América el asunto es diferente, puesto que el vacío cultural y mitológico ha hecho que no podamos salir del laberinto histórico en el cual quedamos atrapados. Arrasados los imperios originarios, acallados y muertos los dioses, la dura herencia de la cristiandad hará de nuestros pueblos sumisos instrumentos de su propia subvaloración y destrucción.

¿Pero qué tiene que ver la conquista de América con una estética de la seducción? Hemos dicho que el valor de la seducción es el de construir e instruir la racionalidad junto al imaginario y la intuición para darle el justo valor que expresa el deseo desde la atracción. José Lezama Lima, en *La Expresión Americana*, propone *el método mítico* en lugar del narrativo; se trata de darle preponderancia a la construcción de *las eras imaginarias* dejando de lado la historiografía para comprender nuestros orígenes perdidos. En la segunda inactual, Nietzsche expresaba la necesidad de ir más allá de la historiografía por un método que la supere y se ocupe de la vida. La evocación de un método para “pensarnos” a través del imaginario, la cultura y la mitología pondría en movimiento los lazos con una arqueología “de cultura Latinoamericana”, que implica la reconstrucción de nuestra memoria. Injertar

⁶ Antonin Artaud, *L'Héliogabale ou l'anarchiste couronné. L'imaginaire*, Paris, Gallimard, 1979, p.14.

la tradición cultural desde una arqueología latinoamericana a Occidente significa recomponer el mito, la tradición oral y las culturas mestizas. La idea de irrumpir desde los orígenes arrasados y de hacer un esfuerzo por comprender nuestras antiguas tradiciones, culturas y formas de conocimiento, nos permitiría aportar a la cultura universal ciertas valoraciones vitales primordiales en cuanto a las referencias originarias de Nuestra América. Lejos de evitar —lo que es imposible— servirnos del pensamiento eurocéntrico, estaríamos dándole comprensión al pensamiento universal con la espiritualidad, la historia y los conocimientos ancestrales para nuevas formas de reapropiación de la cultura hacia la Europa conquistadora y la cultura universal. Es por esto que la imaginación y todos los discursos universales de Europa que permitan otro método que se oponga al dogmatismo, la demostración meramente racional y a una filosofía materialista y utilitarista, deben ser tenidos en cuenta.

Para pensar una estética de la seducción es necesario redimensionar tanto los fundamentos del pensamiento occidental como el discurso periférico de un pensamiento propio concebido dentro de la lógica binaria del pensamiento crítico. Nuevos presupuestos desde la atracción como fuerza y energía, con sus poderes de una relación estetizante en donde la subjetividad aprisionada en los meandros de una racionalidad etnocéntrica sea renovada. Desafío que multiplique el imaginario y vivifique la extraordinaria capacidad vital y artística de articulaciones de caminos paralelos a los habituales. Se trata de pensar *una voluntad mestiza* y no racial integrando diferencias, encontrando lugares de expresión.

Subjetividad y seducción

El problema de Occidente y sus múltiples producciones de poder, como el racismo o el colonialismo, ha sido orientado por una voluntad que domina, controla y somete desde la época del imperio romano y sus dogmas religiosos. Una responsabilidad constante en la producción misma del pensamiento filosófico y su práctica debe ser entonces cuestionada. Por esto nos permitimos preguntarnos por qué la seducción se concibe casi siempre dentro de una instrumentalización y en sus aspectos negativos. La seducción es tenida en cuenta en la actualidad para dimensionar el juego de la imposición y de la dominación. La teoría es útil partiendo del presupuesto de reivindicar las democracias o establecer políticas autorreguladoras, y disponer de una maquinaria de estrategias de control y disciplina. Por eso, para el andamiaje de poder la seducción es el dispositivo por excelencia de las estrategias psicosociales y publicitarias que en la actualidad reaniman modelos mediáticos de control para el consumo y la pérdida de los valores culturales ancestrales. Vista como dispositivo, permite reproducir una de-

⁷ De ellas habló Felix Guattari desde el concepto de *ecosofía* social y mental, como forma de habitar nuestros territorios de existencia contra la uniformización del capitalismo.

subjetivación para el consumo y su reproducción. Sin embargo, la seducción como *intuición*, es decir, como capacidad atractiva, emocional y afectiva de toda subjetividad, es recuperada para promover el pensamiento de la utilidad y el aburguesamiento en todos los estratos de las sociedades modernas. Todas las estrategias comerciales están montadas bajo los mecanismos de dispositivos de placer y de confort en donde los esclavos modernos, anteriormente proletarios, son piezas de las democracias gubernamentales, quienes autorregulan sus gustos y formas de vida a través de la seducción mass-mediática del poder neoliberal. Las poblaciones de los países del antes llamado tercer mundo no logran aún superar su subdesarrollo cultural, pero la idea es liberar nuevas ideas e instaurar discursos que desde la teoría vayan generando prácticas efectivas de experimentación⁷ para transfigurar la seducción en un poder de la imaginación que logre recuperar nuestros mitos, así como también la cultura ancestral de espiritualidad mitológica que nos deberá permitir comprender quienes fuimos, antes de habernos convertido en mestizos culturales, mezcla de indios, negros y europeos.

La estética de la seducción pretende recuperar las fuerzas relacionales y los legados culturales que heredó Nuestra América desde la conquista. La estética aportada por España es un ejemplo de la fuerza cultural del pensamiento católico que pertenece a nuestro inconsciente colectivo. Valorarlo no quiere decir olvidar el método mítico para comprender de dónde proviene la gran devoción de los pueblos latinoamericanos. Por esto no podemos deslegitimar el legado español, fuente de nuestras creencias actuales. Una cultura mestiza es precisamente una cultura que valora sus múltiples concepciones, sin condenar pasados y retomando dignamente sus legados. Sin embargo, sin la reconstrucción de nuestros valores y culturas prehispánicas cargamos con el peso del dominio conquistador de los Imperios con sus múltiples hegemonías, de los cuales no nos hemos podido liberar todavía, producto de un discurso pedagógico que inferioriza e imposibilita cambios. Legado de violencia que esteriliza y amordaza, de teorías políticas extranjeras, legado de muerte que quiere silenciar toda forma de pensamiento que se oponga al discurso oficial de Europa o Estados Unidos en todas las esferas de nuestra vida e historia.

Buscando forjar una nueva subjetividad a través de la dinámica de una construcción relacional, atractiva y profundamente poética, contenida en el mito, se dispondrán las eras imaginarias de las cuales fuimos cortados pero de las cuales hemos de servirnos de manera obstinada y ferviente. Nuestro idioma español es un gran instrumento, junto con la literatura y las artes, para fecundar un devenir-imaginario de las nuevas eras que están por fundarse en Nuestra América. ■

Claudia Fernanda Barrera Castañeda. Colombiana, doctora en filosofía. Actualmente está vinculada a un grupo de investigaciones de la Universidad París 8. Ha publicado varios artículos sobre el filósofo René Schérer. Actualmente enseña filosofía en París y ha escrito el libro *Puissances de la séduction. La présence poétique au monde l'Harmattan 2009*. Ha dictado conferencias en América Latina y en España.